

## EL VELO PINTADO

Estamos en el circo. Suena la música y las luces se concentran en la pista, donde vemos aparecer a un hombre delgado y flexible, vestido con una larga capa roja. Alcanza el centro de la pista y, tras saludar al público y despojarse de la capa, que deja en manos de una hermosa compañera, nos pide que guardemos silencio. Se encarama a una cuerda y empieza a subir por ella. Llega hasta lo alto de la carpa y allí alcanza el trapecio, su único reino en esta tierra. Y comienza su actuación. Vuela de un lugar a otro, realiza insólitas piruetas ajeno en apariencia a esas leyes de la gravedad que limitan los movimientos de las otras criaturas del mundo. Y sin embargo, no es cierto que sea así y que no le cueste lo que hace. Su corazón late apresuradamente, y teme caerse. Puede que no se sienta bien ese día, y que permanecer en el trapecio lejos de ser algo gozoso sea una fuente de sufrimiento. O que simplemente le aburra, pues ha realizado tantas veces esos ejercicios que ya no suponen nada nuevo. Por fin, desciende y regresa a la pista. Todos le aplauden, y él acepta ese homenaje con condescendencia, como lo haría una criatura de otro mundo que exhibiera orgullosa sus facultades ante los simples mortales. Pero es un impostor, y él sabe que desde que ha subido allí arriba no ha hecho sino mentir.

Ahora estamos en el teatro. Un grupo de bailarinas se mueve sobre la escena iluminada. Van vestidas con trajes leves y gráciles, y recuerdan flores esbeltas milagrosamente dotadas de movimiento. Van de un lado a otro, como si vivieran en un espacio mágico donde fueran enteramente libres. Pero, en realidad, sólo son unas pobres muchachas. Muchachas que desde niñas han tenido que someterse a un régimen implacable de ejercicios, cuyos pies han llegado a sangrar, y que han tenido que soportar el malhumor de sus maestros. Que viven en un mundo de celos, delirios y desatinos, y cuyos cuerpos reales nada tienen que ver con esos idealizados que exhiben en el escenario. Por lo que bien podemos decir que también ellas, como el trapecista, se engañan a sí mismas, si es que de verdad creen en lo que hacen, y, sobre todo, tratan de engañar a los que las vamos a ver. Eso es el arte, un mundo de autoengaños y simulaciones, fingir algo que no se es, o que, al menos, no se es del todo ni en todos los momentos. ¿Necesitamos ser engañarnos porque de otra forma no podríamos soportar la vida? Puede ser, pero no es menos cierto que la carpa de un circo, la escena de un teatro, son lugares sustraídos al engaño que es todo y que si vamos a ellos es buscando alguna forma de verdad. ¿Cómo se entiende esto?

Shelley escribió un hermoso poema llamado *El velo pintado*. El poema habla de la vida como de un velo pintado, tal vez lleno de hermosas imágenes, pero que no conviene levantar. Y habla de alguien que una vez lo hizo buscando algo que amar, pero que no encontró nada. Quería la verdad y no la pudo hallar. Eso hacemos todos, queremos ver más allá de ese velo, pero a la vez lo necesitamos a nuestro alrededor. Tal vez porque sentimos que la vida no sería soportable sin él, ya que oculta nuestro desamparo y nuestro dolor.

Pondré otro ejemplo. Una pareja joven tiene un niño y viven felices cuidándole. Todos los días lo llevan de paseo. Lo muestran como si fuera un pequeño dios, alguien que han encontrado flotando sobre las aguas, ajeno a la miseria de mundo, que ha venido a cumplir un destino de luz y clarividencia. Y sin embargo, no es cierto que lo hayan encontrado en un río sagrado, ni que tenga ningún destino que cumplir. Aún más, desde el primer momento está marcado por el estigma de la muerte. Pero nuestra pareja no piensa en eso. No lo hace, porque eso les llenaría de angustia. Por eso tienden sobre su niño ese velo pintado que son los cuidados maternos. Se trata de una dulce y extraña impostura, que sin embargo les gusta representar. Tal vez porque, como dice el poema de Shelley, más allá sólo anida el miedo.

Nunca abandonamos la escena del teatro, o la pista de un circo, y bien podríamos decir que todos somos impostores. Lo somos cuando llevamos a nuestros hijos a la escuela, cuando nos vestimos para una fiesta, cuando vamos a un tribunal o a una reunión de negocios. En todos esos casos estamos representando un papel. En ninguna otra esfera de la vida social es más patente esto que en la política. El político es básicamente un actor, alguien que actúa sin descanso ante los demás, cuyo ser mismo es representación. Algunos llegan a olvidarlo y, cuando se ven forzados a dejar esa vida pública que llevan, literalmente enloquecen. En nuestro país tenemos más de un caso, pero me callaré sus nombres. Algo así es la locura, que bien podría consistir en empeñarse en continuar con el papel que estuvimos representado cuando la obra ha terminado. De ahí su obscenidad, que en griego significa lo que debe quedar fuera de la escena. Es decir, lo obsceno es aquello que, debiendo permanecer escondido, nos empeñamos en hacer aparecer ante los ojos de todos. La pornografía es obscena, porque lo que muestra debería haber quedado en el ámbito de la intimidad; y la locura también lo es, porque hace público lo que solo debió existir en el ámbito de nuestras fantasías.

El arte es otra cosa. Consiste en representar un papel, pero manteniendo un resto de cordura. Se parece al juego de los niños, que vive, como escribió Winnicott, en esa zona

intermedia que hay entre el mundo real y el mundo de los sueños. Es un puente entre ambos. El artista, como el niño, es un soñador realista. Le importa su sueño, pero también regresar al mundo real. Como el trapequista, vuela a lo alto, pero sabe que tiene que descender, ocuparse de ese mundo que le espera aquí abajo, entre los simples mortales: de su familia, de su trabajo, de sus compromisos con los demás. ¿Cual de esas vidas es la suya?. O mejor dicho, ¿dónde esta su verdad? ¿allí arriba, en le trapecio, o aquí abajo, cuando lleva a su hija a la escuela? Yo diría que sube al trapecio para poder llevar con dignidad a su hija a la escuela.

Todos los que nos dedicamos a escribir hay momentos en que nos preguntamos por qué dedicamos nuestro tiempo y nuestras energías a algo que bien mirado no sabemos para lo que sirve, y en compañía de seres y hechos que sólo existen en nuestra imaginación. Sin embargo, las mentiras del escritor, para merecer la pena, deben realizarse con un afán de verdad. Habría entonces dos tipos de impostores. El primero se disfrazaría para ocultar la verdad; el segundo, para revelarla. Los enmascarados de las películas y tebeos que amábamos de niños pertenecían al segundo tipo. Ellos fingían ser otros, pero gracias a esa nueva condición se rebelaban contra la injusticia, los abusos de los poderosos, y trataban de ponerles freno antes de reintegrarse a sus vidas normales.

Scott Fitzgerald decía que la tarea del artista es trabajar para los demás, de modo que puedan aprovechar la luz y el brillo del mundo. Nuestro trapequista hace eso, sale a escena y convoca su luz. ¿Solo para lucirse él? No, también para darnos felicidad, es decir para crear con sus actos un espacio de visión y de conocimiento. Todos queremos que las cosas brillen a nuestro alrededor. Por eso fingimos y decimos mentiras sin parar. No todas son iguales. Unas pertenecen al mundo de respetabilidad, y tienen una función práctica, la de obtener un beneficio o adquirir alguna forma de poder sobre los demás; las otras, al de la decencia, y su mundo tiene que ver con el cuidado. Esa pareja de la que hablé antes no hace sin levantar con sus simulaciones un mundo frágil frente a la oscura arquitectura de la muerte. Mienten para abrir un espacio en la nada donde su niño pueda crecer y vivir.

Eso era el circo para los niños de mi época: el lugar donde todo era posible. Allí todos mentían y, sin embargo, era un maravilloso lugar de decencia: la Casa del Honor. Y quiero que se entienda esta palabra de la forma en que lo hace Rafael Sánchez Ferlosío al explicar el conflicto de Lord Jim. "El sentimiento de honor perdido, escribe Ferlosío, no es un conflicto psicológico. El honor es una relación de lealtad con los demás". De forma que el deshonor no es tanto "haberse fallado a uno

mismo" sino "haberles fallado a los otros". En la película *Titanic* hay una escena inolvidable. El barco se está hundiendo y aún así el grupo de músicos continúa tocando. Saben que se van a morir, pero ellos siguen tocando para los pasajeros como si nada estuviera pasando o como si esa música les pudiera salvar. ¿Lo hace? Sabemos que no, pero así son las personas decentes. No suelen hacer nada práctico, pero gracias a sus locuras el mundo se transforma en un lugar a la altura de nuestros sueños.